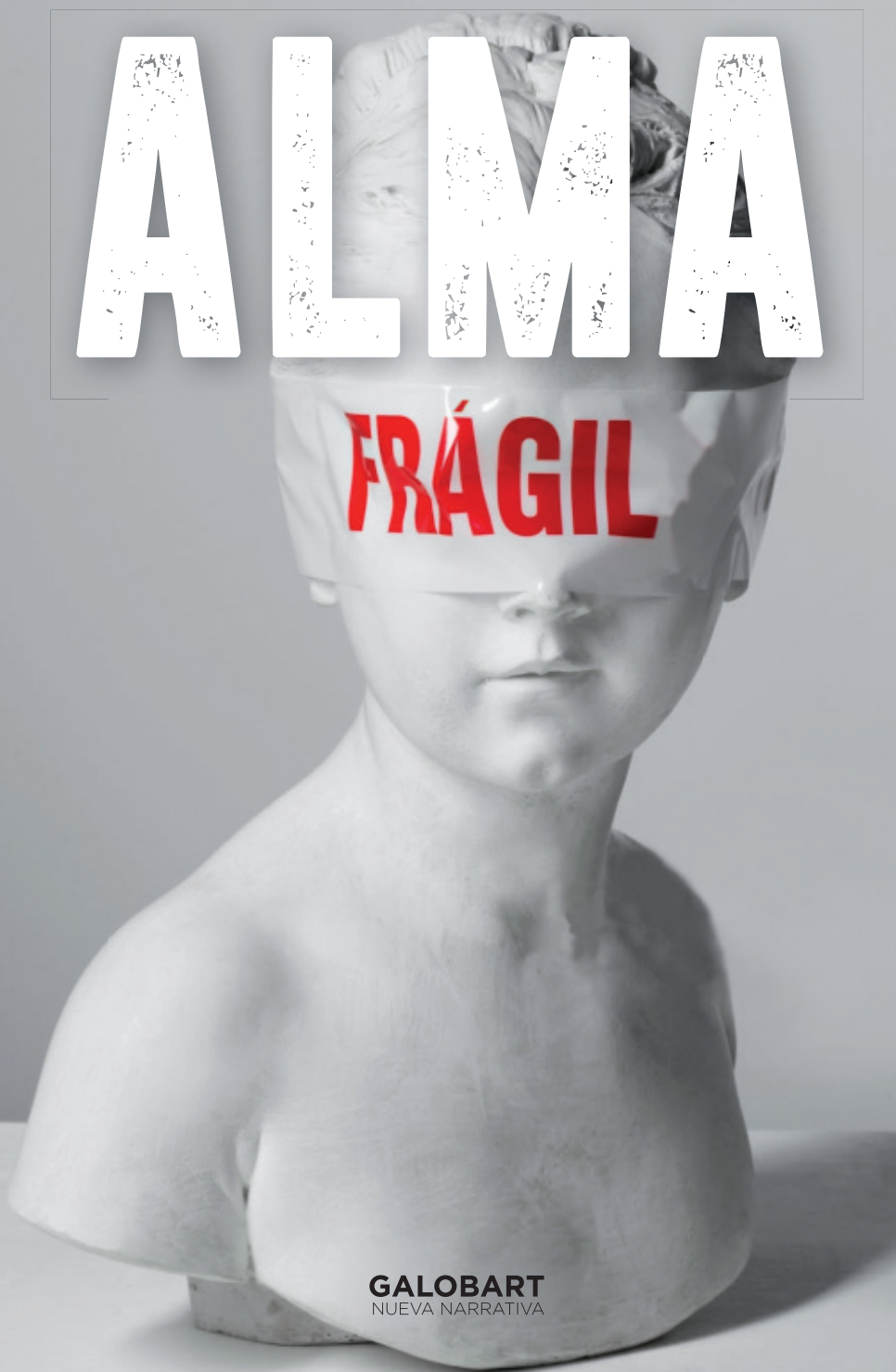


JUAN YANNI

ALMA



FRÁGIL

GALOBART
NUEVA NARRATIVA

JUAN YANNI

ALMA

GALOBART
NUEVA NARRATIVA

1.

Sube lentamente la escalera. Se arrepiente de llevar tacones. Aunque no acostumbra a utilizarlos debido a su imponente altura, hoy es un día especial. Pero entre el diluvio y los flashes de los fotógrafos, se maldice a sí misma por la elección. Además, ha preferido venir sola a la inauguración de la exposición y no tiene en quién apoyarse en el supuesto de un imprevisto resbalón.

—¡Mia! —le gritan los periodistas agolpados a la entrada del Museo. Se detiene ante ellos brevemente.

Arrecia la tormenta.

—Lo siento. Si no les importa, y dado la que está cayendo, les veo a la salida si siguen aquí y no les ha llevado la riada por delante —bromea, mientras camina con paso veloz, concentrada con no dar un traspié, hasta la puerta de acceso.

Mia Golding es, posiblemente, la galerista más reconocida del país. Dwyre, su galería de arte, facturó en bruto el pasado año más de 300 millones de euros y sus comisiones, en torno al diez por ciento de media, la consagraron en el *top five* mundial del negocio del arte contemporáneo.

Hoy tiene lugar en Madrid el evento más extraordinario jamás celebrado en el mundo del arte moderno. Unas cincuenta obras de los artistas más famosos y cotizados se exponen con fines benéficos, en el impresionante marco del Museo Nacional de Ciencias Naturales, que ha sido acondicionado excepcionalmente para la exhibición. David Hockney, Louise Bourgeois, Takashi Murakami, Maurizio Cattelan, Edward Hopper, Basquiat, Jeff Koons, Andreas Gursky, Cindy Sherman, Jason Pollock, entre otros, reúnen sus pinturas, esculturas y fotografías por primera vez en la historia. Mia sonríe para sí misma pensando en el estrés que debe tener la compañía aseguradora. Quienitas de las personas más influyentes del mundo, políticos, artistas, financieros, *royals*, son los afortunados poseedores de una entrada, eso sí, previo pago de seis mil euros. El destino de la recaudación es construir una escuela para jóvenes sin recursos, con talento para las artes plásticas.

El acceso tiene unas medidas de protección acordes con la situación. Mira a su derecha y observa al príncipe heredero de la Corona inglesa. Al lado, varios *vips* siendo objeto de un concienzudo control de seguridad. Le divierte la cara de incomodidad de aquellos que no están acostumbrados a ser cacheados.

Una vez dentro, se dirige presurosa escaleras arriba a visitar la exposición. Camina con la mirada en el suelo. Prefiere, de momento, no tener que saludar a nadie. En estos eventos lo *cool* es llegar tarde, así que ha decidido aprovechar esta circunstancia para —dentro de lo posible— observar con tranquilidad todas las obras expuestas. Muchas las conoce e incluso ha intermediado en la compraventa de algunas de ellas, pero otras están en poder de coleccionistas privados y ahora es la única oportunidad de verlas *in situ*.

La primera que se encuentra la conoce bien. *Chop Suey*, de Edward Hopper. Asesoró a la familia Ebsworth para su venta a través de la casa de subastas *Christie's*. Fue adquirida por ochenta y un millones de euros hace dos años, el precio más alto que se ha pagado por una pieza del artista, doblando en importe al anterior récord del pintor. No puede sino admirarla de nuevo mientras recuerda las palabras de Hopper cuando le preguntaron por su arte «la respuesta está en el lienzo», contestó. No podía haberlo expresado mejor, piensa Mia.

Se topa con un Basquiat. Lo ha cedido para la exposición un loco coleccionista japonés que está asaltando el mercado mundial del arte contemporáneo a base de pujas millonarias. Este, titulado *Untitled*, lo pintó el artista en los albores de los ochenta. Alcanzó un precio de subasta de 105 millones de dólares, siendo hasta el momento la obra más cara vendida de un artista estadounidense, lo que convirtió en multimillonaria a su anterior

propietaria, una americana que la compró en el año 1984 por 19.000 dólares. A su lado, la escultura *Balloon Dog*, de Jeff Koons, otro hit de las casas de subastas.

Ante tanta belleza, Mia no deja de sorprenderse. Se queda absorta admirando *Les Femmes d'Alger* de Pablo Picasso, cedida por un jeque cataní al que conoce bien y al que asesoró también en su compra por casi 180 millones de euros hace tres años.

Y al fondo cree reconocer la sorpresa que anunciaba la exposición. Mientras se encamina hacia ella, se percata de que la tranquilidad se está acabando. Los pasillos comienzan a llenarse de selectos y célebres invitados. Está saludando a un famoso coleccionista americano y a otro chino, cuando nota un leve golpe en su hombro. Al volverse, intenta contener una mueca de disgusto. Es Paul Singleton, el conocido galerista y marchante de arte neoyorquino al que Mia detesta. Más allá de su engreimiento, le ha levantado varias operaciones millonarias con clientes, utilizando sus malas artes y escasa ética profesional.

—Hola, Mia, ¿qué tal estás? ¿Intentando pescar algo? —pregunta con ironía.

—Hola, Paul. Veo que te encanta, como siempre, prestigiar nuestra profesión. ¿Así conceptúas tu nuestro negocio? Aunque ahora que lo dices, desde tu prisma bien podría entenderse lo de pescar.

—Bromeaba, querida. Veo que tu sentido del humor no ha cambiado. Ni tu belleza tampoco. Deja que te invite luego a una copa, tú y yo solos.

—¿Y me devolverás la comisión de la última operación que me robaste? —responde mientras se gira para alejarse.

—A ti te devolvería todo, cariño —susurra él con ironía, observando con mirada lujuriosa cómo Mia se aleja por el corredor.

Mientras se acerca a la obra que el mundo del arte estaba esperando reconoce la impronta del artista. Es la nueva obra del *enfant terrible* del arte británico Dustin Harvell. Lleva varios años desaparecido, desde que vendió toda su obra en la única subasta celebrada hasta la fecha dedicada en exclusiva a un solo artista.

Dos grandes cubos de cristal. Mia se pregunta qué locura habrá creado esta vez. No le gusta su obra especialmente, pero comprende que fue uno de los pioneros en romper el mercado del arte contemporáneo y eso ya lo convierte en un genio. Separados por un metro de distancia se encuentran dos vitrinas de aproximadamente tres por tres metros. Intuye, sorprendida, dos partes de una persona, que ha sido seccionada por la mitad, cada una de las cuales se encuentra suspendida flotando de forma paralela, ubicadas ambas en los tanques, que están revestidos con unos cristales de graduación que provocan una ilusión óptica a los visitantes. Al pasar entre ellos advierte que se pueden observar todas las arterias de la parte del cuerpo por donde se ha hecho el corte. Ha pasado de los animales a los cadáveres, piensa Mia. Nada original. Este artista es reconocido por su colección de

animales envasados y por haber experimentado con vacas, cerdos, ovejas, toros y con tiburones, una de sus más famosas obras.

Recuerda que, el inversor estadounidense al que ha saludado hace unos minutos, tuvo que llegar a un acuerdo con el artista para reemplazar el tiburón que había comprado sumergido en una vitrina acristalada de formol y que empezaba a mostrar síntomas de descomposición. Ante las críticas del mundo del arte hacia su obra, el gallerista aclaró que una obra conceptual no se altera si se sustituye su pieza principal por otra similar. Y puso el ejemplo del famoso artista americano que utilizaba tubos fluorescentes en sus instalaciones. «Si se funde una luz, se sustituye por otra».

Sin embargo, ahora no estamos hablando de escualos, sino de un cadáver humano. Quizás ha llegado muy lejos. Sabe que esta obra inédita va a causar mucha polémica y teme que incluso se prohíba. Rodea los cubos y estudia la obra. Se trata de una persona íntegramente vestida de negro. En la impoluta suela de sus zapatos percibe la marca impresa, John Lobb. Cada par de esta marca realizado a mano puede superar los tres mil euros, piensa. Prosigue hasta el siguiente cubo para inspeccionarlo y ver la parte superior del cuerpo. Siente un ligero escalofrío cuando descubre que hay un cuchillo insertado en el ojo derecho. La daga tiene diamantes incrustados en el puño, otro sello del autor que ha utilizado en sus famosas calaveras.

Al fijarse en el rostro, el escalofrío se convierte en un violento temblor. Sus músculos parecen contraerse y sus pulmones contienen el aire. Se trata de John Winter, el crítico de arte quizás más famoso del mundo y al que ella conoce muy bien. Con enorme esfuerzo, consigue exhalar y grita desgarradoramente.

Llevan un tiempo de descanso, sin asaltos nocturnos ni palizas, aunque ambos saben que solo es cuestión de tiempo y que cuando vuelva la violencia, lo hará con más fuerza. Él se encuentra preparado, ella no. Como siempre, intentará protegerla. Procurará ponerse en medio y llevarse la peor parte, el castigo más doloroso y evitar sufrimiento a su hermana. Ella se lo merece, es buena. Él no lo es, lo sabe desde que tiene uso de razón. Eso le ayuda a afrontar esto con valentía y dignidad porque, a pesar del dolor que le infligen, él es más fuerte que ellos. No se deja someter, nunca lo hará. Aunque la mayoría de las veces acaba inconsciente, cuando se recupera, lo que no saben es que es más resistente que antes. Su cuerpo todavía es frágil, pero su coraza interior es de acero, construida de ira, rabia y sed de venganza.

Estaba en lo cierto. Escucha el crujir de la madera de la escalera, pasos que se aproximan al cuarto en el que duerme con su hermana. Oye que la llaman por su nombre. Un silencio tenso envuelve el ambiente y las respiraciones de los niños se vuelven más agitadas. Sus cuerpos tiemblan,

se tornan rígidos y sus músculos se endurecen en una actitud defensiva, expectantes y sabedores de lo que se avecina. La puerta se abre con violencia y un haz de luz inunda de forma parcial la habitación, con las dos sombras habituales observando desde el quicio de la puerta, con un rictus de maldad dibujado en sus rostros y el hedor habitual a whisky y tabaco que se desprende de sus ropas, apestando abrumadoramente una habitación infantil que debería estar acostumbrada a otros olores. Como siempre, entre la penumbra y gracias a sus ojos habituados a la oscuridad, puede distinguir sus pupilas dilatadas y el enrojecimiento de la piel, signos distintivos de las personas sádicas que disfrutan con el dolor ajeno.

El amigo de su padre se dirige con paso decidido hacia su hermana, con actitud y sonrisa libidinosa y él se interpone entre ellos. No ve llegar el brutal puñetazo que recibe en la parte trasera de la cabeza. Ya en el suelo, casi inconsciente, nota que se colocan a horcajadas sobre él, mientras le golpean con saña en la boca, lo que le nubla la visión y se desmaya.

Cuando despierta, siente un gran dolor en el rostro. Pero le provoca más ver a su hermana al lado, desnuda y magullada. Experimenta una gran frustración y rabia por no haber podido defenderla otra vez. En lo más profundo de su alma hay una determinación inmensa, que le ayuda a volver a levantarse porque sabe que un día llegará su hora. Sonríe al pensarlo, a pesar de haber perdido varios dientes en la refriega.

2.

Es jueves por la noche. Acaba de salir de entrenar en el gimnasio. Humber, su profesor, le ha dado una buena paliza. Aparte del jiu-jitsu, que lleva practicando más de veinte años, lleva varios meses aprendiendo técnicas propias de MMA (*mixed martial arts*) y se ha aficionado. Casi todos los fines de semana se engancha a ver en directo todas las peleas de la *UFC* y se acuesta de madrugada. En el último combate estelar de *pay per view*, que le costó sesenta euros, pudo contemplar cómo le bajaban los humos al irlandés bocazas, en solo dos asaltos.

Prefiere practicar con su instructor que con el resto de los alumnos. Muchos no entienden que una mujer de cuarenta y seis años les gane siempre y, algunas veces, intentan llevar los entrenamientos al límite, siempre con el mismo resultado: desmayados en el tatami por algún

mataleón o derrotados con alguna técnica de sumisión. La cara de humillación y sorpresa que gastan luego siempre es la misma. Cuando se reponen, intentan invitarla a cenar o a tomar una copa. Ella supone que es para intentar ligar y así, restaurar sus heridos egos masculinos. Qué pereza de especímenes del sexo contrario, piensa.

Nunca ha sido totalmente consciente de su belleza, del efecto que esta suscita en los hombres. Ha sido así siempre. Con respecto a sí misma Idoia Iturri es algo naif. Unos enormes ojos verdes dominan su rostro, aunque nadie sabe de dónde vienen porque toda su familia conocida los tiene marrones. Tiene un cuerpo estilizado y fibroso, mezcla de la genética y las horas que dedica al ejercicio físico desde joven; los largos paseos diarios y las carreras por los bosques y campos que rodeaban su casa. Siempre han halagado su belleza, pero ella no le da importancia.

Lleva varios meses en Madrid ocupando la plaza que dejó vacante el inspector Flores, como inspectora jefe en la Brigada Central de Investigación de la Policía Nacional en Madrid. Cuando dejó Pamplona y su puesto en la Brigada de Investigación Criminal de la Policía Foral de Navarra a instancias del comisario Ridruejo, que la quería trabajando para él, estuvo primero como asesora, dado que todavía no existe una ley que permita una movilidad real entre los cuerpos policiales autonómicos y el nacional, así que tuvo que realizar una oposición de acceso que aprobó brillantemente.

Le costó superar el episodio de Flores, por todas las implicaciones personales que supuso el caso Azcárate¹, pero ahora se halla totalmente integrada en su trabajo y lo disfruta. Su jefe, Ridruejo, es serio y trata de permanecer distante, pero sabe que la valora y aprecia. Le ha dejado libertad de acción en todos los casos que ha intervenido durante este año. Durante ese tiempo de asesoría, aprovechó también para seguir con su tarea docente e impartir varias asignaturas en un master de Criminología y Ciencias forenses.

Como número uno de su promoción y por su brillante currículum como inspectora, el centro le suele rogar encarecidamente que imparta el mayor número de clases que su trabajo le permita. Disfruta mucho con las prácticas sobre análisis de pruebas del delito, mientras investiga junto a sus alumnos vestigios biológicos y no biológicos de un hecho delictivo concreto y aplica sus experiencias de casos anteriores. Además, intenta motivarlos desde un punto de vista mental, para que puedan desarrollar los rasgos que requiere una personalidad policial. Les hace tests psicológicos que la ayudan a ver la mejor manera de aprovechar sus talentos y así poder aconsejar a cada uno sobre el futuro más adecuado dentro de la profesión.

Mientras pasea de forma perezosa de camino a su casa, se entretiene y entrena mentalmente jugando a capitales del mundo, algo que repite desde su juventud.

1 Juan Yanni, *Culpa*, The Galobart Books, Madrid, 2021.

Mongolia: Ulaanbaatar.

Madagascar: Antananarivo.

Australia: Canberra.

Burkina Faso...

Sabe la respuesta, pero no la recuerda y no soporta resolverlo mirándolo en su móvil. Escribe un WhatsApp a su amigo, con el que se retaba jugando cuando iban a la universidad. Le escribe el país y el otro sabe que tiene que enviarle solo la primera letra: U.

Uagadugu, respira satisfecha.

Se para en uno de esos lugares típicos de jamón cerca de su casa. Nada más entrar, el peculiar olor que desprenden los perniles ibéricos que cuelgan del techo, junto con el del serrín que cubre el suelo, impregnan la estancia. Como siempre, elige un bocadillo de salchichón ibérico recién cortado —su perdición—, con el plan de llevárselo a casa y cenar algo frente a la tele viendo la serie a la que está enganchada, *Gangs of London*. Es un universo de mafiosos radicados en Londres, donde el espectador no tiene un minuto de respiro sin violencia. Mientras tanto, el cortador se entretiene rellenando el bocata con una ración extra de embutido, porque disfruta conversando con ella y le gusta que siempre pida lo mismo.

Cuando se trasladó de Pamplona a Madrid, tuvo dudas de dónde buscar casa. Decidió tomar el pulso a la ciudad e irse a vivir al pleno centro, a la zona más ruidosa de todas, la Gran Vía madrileña. No conoce a mucha gente

en la ciudad, ni tiene ganas, pero el barullo la acompaña en su soledad. Le gusta escaparse a tomar un vino por los bares de la zona, para desconectar del trabajo. Es una zona castiza, pero donde uno puede vivir en el anonimato, repleta de turistas de todas partes del mundo. Y ahora está en una época en la que le apetece pasar desapercibida. Su apartamento se encuentra ubicado justo encima del neón que sobresale en el Teatro Lope de Vega, donde el musical *El Rey León* lleva representándose diez años consecutivos. Hay veces, en las entradas o salidas de las funciones, en que literalmente no puede acceder a su portal. Pero eso le gusta, se siente viva. Es un cambio a su anterior etapa en el norte, donde durante la semana, y sobretodo en las épocas invernales, a ciertas horas era imposible encontrar un alma por la calle.

Le agrada salir a cenar sola casi todas las noches. De hecho, se funde gran parte de su sueldo en restaurantes. Está acostumbrada a hacerlo. Si no lo estás, la comida te puede caer como una losa. Lo sabe, porque hace años, durante una época en la que tuvo que estar recluida en su casa recuperándose de unas heridas producidas en el transcurso de una operación policial, pasó dos o tres meses alejada de la hostelería y la vuelta fue muy dura para su estómago, que vivía con acidez permanente. Hasta que volvió a habituarse. Es como tomarte un gin tonic diario cada noche: cuando dejas de hacerlo durante un largo periodo y lo retomas, al día siguiente tienes resaca. Es inevitable.

Ahora está de moda practicar lo que algunos compañeros llaman «hacer un ramadán» y estar uno o dos meses de «secano», sin probar una gota de alcohol. Ella está en contra. De hecho, no saldría con alguien que no bebe, desconfía de ellos. Otra cosa es que hayan bebido y ahora estén retirados por prescripción médica. En definitiva, hay que ser un profesional en todo lo que hagas —piensa mientras sonríe para sus adentros— aunque su mente concede, finalmente, que los abstemios también tienen su mérito, son espartanos y aguantar a gente borracha tiene que ser duro.

Otro de sus *hobbies* es sentarse a comer en un restaurante con un libro y observar discretamente a sus vecinos de mesa, analizarlos y crear perfiles de sus vidas: el casado que le pone los cuernos a su mujer, el ejecutivo que da conferencias de *coaching* para venderlas *on line* y que debería comenzar por hacerlo con su aspecto personal, los niños maleducados que corretean, gritan y responden a sus superados padres. ¿Quiénes serán los culpables de esa educación? ¿Ella? ¿Él? ¿Ambos? ¿La falta de amor entre ellos? ¿La falta de educación de origen? ¿Los tiempos modernos? Porque en los tiempos pasados, algo en lo que coincidían todas las clases sociales era la educación en los lugares públicos, el respeto por los mayores. Algo hemos hecho mal en nuestra generación, reflexiona, cuando un profesor de colegio apenas puede gritar o castigar a un niño, por riesgo a ser expulsado de colegio o a recibir una hostia de un padre colérico. Cuando te

castigaban en la escuela, estabas más preocupado de que tus padres no se enteraran, que, por la represalia en sí, piensa añorando los años setenta y ochenta.

Abre la puerta de su casa, golpea el saco de boxeo que cuelga junto a la puerta y se quita las botas. Adora la sensación de sentir los pies desnudos sobre la madera. Cuando acaba de desplomarse sobre su amplio sofá de terciopelo, con el mando del canal de pago en la mano y el bocata en la otra, suena su móvil. Es el comisario Rídruejo. Mierda, piensa, a la vez que descuelga.

—Iturri, necesito que se presente inmediatamente en el Museo de Ciencias Naturales

—¿El de Castellana a la altura de Abascal?

—El mismo.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha montado un lío de cojones. Algo surrealista. Un cadáver en medio de la exposición de arte más importante jamás celebrada hasta la fecha. Y los asistentes son gente muy famosa de todas partes del mundo. Venga corriendo. Yo también voy de camino —concluye y cuelga.

Juan Yanni es un seudónimo. Nació en una ciudad del norte de España pero vive en Madrid. Su pasión por la montaña y la vida rural contrasta con su carácter urbanita. Ama tanto el Norte y el Pirineo Navarro como Madrid, Formentera y el sur de España. Juan creció siendo un viajero incansable, cinéfilo y gran lector. Tras terminar Derecho se dedicó a la publicidad como creativo y redactor con reconocido éxito nacional e internacional.

Su amor por la literatura le ha llevado a escribir y publicar su primera novela negra. De padres artistas, heredó su creatividad, cambiando el pincel por el bolígrafo.

ALMA estará a la venta el 15 de noviembre en las mejores plataformas:

- Amazon
- La Casa del Libro
- El Corte Inglés
- FNAC

O búscalos en tu librería favorita:

- Todos tus libros

EDITA

© The Galobart Books S. L.
Calle Carranza, 25; 5º-3
28004 Madrid

COLECCIÓN

Nueva Narrativa

TEXTOS

Juan Yanni

DIRECCIÓN DE ARTE Y DISEÑO

David Generoso

DISEÑO DE PORTADA

David Generoso

DIRECCIÓN COMERCIAL

Mercedes López Molina

ISBN | 978-84-124075-8-7

Depósito legal: M-27209-2021

Si deseas estar informado de todas nuestras novedades editoriales,
entra en thegalobart.com y suscríbete gratuitamente a nuestros newsletters.

**El proyecto The Galobart Books destina el 0,8% de sus beneficios a fines sociales.
Más información en Thegalobart.com**

©The Galobart Books, S. L.

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

EDICIÓN NO VENAL

PRUEBAS SIN CORREGIR

SEPARATA EDICIÓN ANTICIPADA

FECHA PUBLICACIÓN NOVELA: 15 NOVIEMBRE 2021